



Llàtzer Moix



Lizaraniana

Desde hace siete lustros, la actriz Anna Lizaran es una presencia habitual en la escena teatral barcelonesa. Durante muchos años ha sido figura central del Lliure. Ahora triunfa en el Nacional. Y, desde el 25 de noviembre y hasta el 23 de enero, lo hace con autoridad incontestable: su papel protagonista en *Agost*, la obra con la que el autor Tracy Letts ganó el premio Pulitzer 2008, es de los que marcan época.

No soy un incondicional de Lizaran. Y no porque niegue su talento, sino por todo lo contrario: a veces es tan desbordante que la acerca –o eso me parece a mí– a la sobreactuación. En la obra que nos ocupa, sin embargo, el riesgo queda conjurado: los cauces de *Agost* son tantos, tan amplios y profundos, que las aguas del torrente Lizaran fluyen por ellos como una inagotable manifestación vital. *Agost* es un culebrón ideado para el teatro del siglo XXI, ambicioso, sólidamente construido y muy bien dirigido por Sergi Belbel, que cuenta en el montaje del TNC con una escenografía, una iluminación y unos actores y actrices impecables. Los numerosos trapos sucios de una familia del Midwest afloran a lo largo de las más de cuatro horas de función, abundando en un tema muy querencio-

Anna Lizaran borda en 'Agost' un papel idóneo, a la medida de su desmesura

so para el teatro norteamericano, que aquí se aborda alternando registros dramáticos, de la comedia a la tragedia. *Agost* es, en suma, una obra de gran formato, vibrante y tronante, a la exacta medida de la desmesura de Anna Lizaran.

Ya lo adelantó Joan-Anton Benach en este diario, pero me permito ahora insistir: mirar y escuchar a esta actriz que encarna a Violet en *Agost* es un festín. Pocas veces se le habrán sacado tantos matices a un texto. Al decirlo, Violet/Lizaran sufre a rabiar carcomida por un cáncer o se expresa con dulzura angelical. Se irrita y se abate. Ríe y llora. Balbucea frases incomprensibles atontada por la medicación o pronuncia sentencias aplomadas. Halaga y amenaza. Impera y se somete. Baila con gracia sui géneris al son de Eric Clapton y trastabillea hasta perder el equilibrio. Bebe, fuma y desbarra alterada, fuera de sí, o se adormece noqueada por el dolor. Seduce ondeando su cabellera a lo Marilyn Monroe o se apaga como la desahuciada que es. Recurre al humor negro de *sitcom* televisiva (“esto será bueno para ellos si algún día necesitan un trasplante”, dice cuando se desvela que dos enamorados no tienen futuro puesto que son hermanos) o se desespera, como en una tragedia griega, asomada ya al último abismo existencial.

En el currículum de Lizaran hay otras interpretaciones memorables, como pueden ser *La senyoreta Júlia*, *El ball*, *Un matrimoni de Boston...* Pero quizás esta de *Agost* sea la más amplia, la de talento más contagioso –a su lado, una Emma Vilarasau rejuvenecida parece ajena a la enervante y *bleda* Teresa de *Ventdelplà*–, la más impresionante y, también, la más arrolladora. ¡Felicidades!